

Memorias de un abanderado

Capítulo VI. Salida de Nariño para el Sur

No fue largo el respiro que tuvo la patria para gozar de la paz del 9 de enero, pues si la guerra entre hermanos se había conjurado por lo pronto, las fuerzas realistas de Montes y Sámano amenazaban por el Sur a Popayán, y esas provincias pedían con instancia un auxilio a Cundinamarca.

Este se decretó por el Congreso, quien, aceptando los patrióticos ofrecimientos de Nariño, le nombró teniente general de la expedición que debía organizarse y marchar sobre el Sur. A pocos días comenzaron a llegar a Santafé cuerpos del Socorro, Tunja y Vélez. Vino también en esos días un indio llamado Astudillo, que por su inteligencia y labia cayó en gracia a Nariño, y como aquél tenía grande influjo en Tierradentro, supo nuestro político aprovecharse de ello y comenzó a mirarle y a obsequiarle, y fue al fin tan de su confianza que le tenía siempre en palacio y salía con él en su coche a pasear todas las tardes, lo cual era motivo de grande escándalo para la gente, que, no comprendiendo la política y miras de Nariño, no podía explicarse una amistad tan íntima entre dos personas tan diferentes por su posición y su educación. En efecto, Astudillo proporcionó a Nariño un gran número de indios para que condujesen la artillería hasta Pasto. Esta era empresa de romanos, pero el general era tan afecto a esta arma y el 9 de enero le había proporcionado un triunfo tan espléndido, que sin ella no habría hecho esa nueva campaña; así fue que llevó al Sur cañones de a ocho, pedreros, abusos de seis pulgadas, granadas y bombas, dirigido todo por el inteligente Aguilar y otros ingenieros, bajo el mando del coronel Cancino. Iba también un oficial muy útil, el teniente Estévez, hombre agigantado y de una fuerza extraordinaria: baste decir, como una prueba de ello, que cerca del puente del Mayo, no lejos de Berruecos, había caído una mula cargada en un lodazal y no era posible sacarla de allí; llegó Estévez y cogiéndola por la cola la arrastró y sacó fuera con carga y todo.

Salieron de Santafé para esta expedición el batallón *Granaderos de Cundinamarca*, en el cual estaba ya refundido o incorporado el antiguo *Auxiliar*; el batallón de *Guardias Nacionales*, el de Patriotas, el de Tunja, el del Socorro, compuesto en su mayor parte de pamploneses, cucuteños y veleños. La caballería iba al mando del coronel Antonio Nariño, hijo del general. Llevábamos, además, un gran tren de tiendas de campaña, pertrechos y equipajes.

Para esta campaña me había designado Nariño espontáneamente como abanderado del batallón *Granaderos de Cundinamarca*. Tuve ocasión de saberlo, porque en el espléndido banquete que se dio para celebrar el matrimonio de su hijo don Antonio con la señorita Natalia Silva, preguntó don Bernardo Pardo al general si ya estaba bordada dada la

bandera para el batallón *Granaderos*, y éste le contestó que sí, y que también estaba previsto el abanderado de su confianza que había de tener la honra de llevada, que era Espinosa.

A fines de septiembre de 1813 salió de esta ciudad la mayor parte del ejército, cuya vanguardia estaba ya en La Mesa. Llegamos a Portillo, donde nos detuvimos dos días mientras la gente pasaba el río en barquetas. Aquí ocurrió un incidente que por tener tanto de poético como de prosaico, merece referirse. En pos del ejército iba una bandada de mujeres del pueblo, a las cuales se ha dado siempre el nombre de voluntarias (y es muy buen nombre porque éstas no se reclutan como los soldados), cargando morrales, sombreros, cantimploras y otras cosas. El general Nariño no creyó conveniente, antes sí embarazoso, aquel ejército auxiliar, y prohibió que continuase su marcha, para lo cual dio orden terminante a los paseros de que no les permitiesen el paso y las dejaran del lado de acá del río.

Llegamos a Purificación, y a los dos días de estar allí se nos aparecieron todas las voluntarias. Ya era visto que el Magdalena no las detenía, y así el general dio orden de que dejaran seguir a estos auxiliares, por otra parte muy útiles, a quienes el amor o el patriotismo, o ambas cosas, obligaban a emprender una dilatada y trabajosa campaña. El general Bolívar mismo reconoció en otra ocasión que no era posible impedir a las voluntarias que siguiesen al ejército, y que hay no sé qué poesía y encanto para la mujer en las aventuras de la vida militar.

Omitiré la relación de nuestra marcha hasta La Plata, porque nada ocurrió en ella digno de mencionarse. Desde La Mesa de Juan Díaz iba yo a pie, porque me había tocado muy mal bagaje y prefería andar por mis pies, lo cual me tuvo cuenta, como se verá más adelante.

Cuando llegamos a La Plata encontramos en esa ciudad muchos emigrados del Cauca y Popayán y varios extranjeros, que después se agregaron al ejército; entre éstos se hallaba un español de mucha importancia, que había servido en Europa a órdenes de Napoleón, parece que con el grado de general, llamado Campomanes, el cual aconsejó a Nariño que variase todos los toques de tambores y toda la táctica española, cambiándola por la francesa, y él mismo enseñó prácticamente las marchas y toques a los músicos, pífanos y tambores, y a la tropa el manejo de armas y las demás evoluciones. Parecía que este sujeto procedía de buena fe, pero no sé qué denuncias o sospechas hubo de que, tanto él como el teniente coronel francés Manuel Serviez, el conde Silisque y otros varios tramaban una conspiración y querían revolucionar el ejército para quitar a Nariño y apoderarse del mando, por lo cual se redujo a prisión a estos jefes, se les siguió un proceso y fueron remitidos presos a Cartagena bajo la custodia del capitán don José Posse. Quedaron algunos otros extranjeros de la confianza de Nariño, como fueron el coronel inglés Birgo, a quien nombró comandante del batallón *Cazadores* que se formó en La Plata; Veverley,

ayudante de campo del mismo Nariño; Robin, Castel, Dufaure, Ludovico y otros más. Todos éstos tuvieron grande aprecio por Nariño, que sabía con su política y bellas maneras ganárselos a todos, y le fueron siempre fieles.

El incidente del proceso de los conspiradores nos detuvo en La Plata más del tiempo necesario y al fin siguió el ejército para Popayán, siendo indecibles las dificultades que hubo para conducir por el páramo de Guanacas la artillería de grueso calibre que llevábamos. El traidor Sámano, que el 20 de julio, estando preso en Santafé, había prometido bajo su palabra de honor no tomar armas contra los patriotas, recibía auxilios de Montes desde Quito, y habiendo abandonado el Cauca, ya revolucionado contra él, se había situado en Popayán. Tenía espías hasta el páramo de Guanacas, y habiendo caído uno de éstos en poder de nuestra avanzada, se le condujo a presencia del general; fuimos los oficiales a verlo por curiosidad, y uno le preguntó de dónde era y por qué servía contra la patria, a lo cual contestó con altanería: "Soy patiano y sirvo en donde y con quien me acomoda." Y habiéndole hecho algunas otras preguntas, prorrumpió en amenazas, diciendo con altivez que no le tenía miedo a la muerte y que podían hacer con él lo que quisiesen. Esto da idea de lo que era, en general, aquella gente contra la cual íbamos a luchar, pues los patianos sostenían la causa realista y estaban unidos con los españoles. Nariño no quiso castigarlo, prendado sin duda de su carácter, y se contentó con retenerlo preso.

Otro incidente recuerdo, que, aunque insignificante, revela el carácter perspicaz de Nariño y su inclinación santafereña al chiste y al epigrama. Se le presentaron en esos días dos cadetes y dos sargentos, no recuerdo de qué cuerpos, unos envueltos en ruanas, frazadas y pañuelos, y otros sosteniéndose en bordones, fingiendo todos una debilidad y decadencia que no tenían y pidiendo sus pasaportes para venirse a Santafé, por sus enfermedades. El general, que conoció al momento la marrullería, no quiso hacerlos reconocer y les dijo que con mucho gusto les daría en el acto sus pasaportes, porque su enfermedad podía ser contagiosa en el ejército y los despidió prontamente. Y ya que estamos de incidentes y episodios, permítaseme referir otro muy grotesco, que para mí fue una verdadera campaña, o por lo menos acción distinguida de equitación y en que peligro mi vida por más de un motivo, en medio de la risa que a todos nos causó. La víspera de marchar nos llamaron a los oficiales para que cogiésemos los bagajes que nos estaban destinados, y se hallaban en un patio grande; mi asistente tiró un lazo al montón, cogió con él una mula y se la llevó; al día siguiente la ensilló y sacó fuera de la ciudad, en donde estaban las caballerías de los demás oficiales, porque la costumbre era que saliésemos todos a pie en formación y montásemos después, fuera de poblado. Así lo hicimos, y cuando iba desfilando la tropa por un camino bastante estrecho, monté en mi mula, pero como ésta no era de silla salió con un trote descomunal, que pronto se convirtió en corcovos, y comenzó a atropellar gente, llevándose por delante a cuantos encontraba. En vano tiraba yo de la rienda: los soldados caían a derecha e izquierda con sus armas y morrales, y todo el mundo gritaba y espantaba la mula, que de nadie hacía caso. Don José

María Vergara, que era el comandante del cuerpo atacado por mí, o más bien por mi mula, decía en alta voz: "Cálenle bayoneta a ese abanderado del demonio!". Obedeciendo a la orden un granadero se metió a hacer la gracia y voló con fusil y todo, cayendo cuan largo era. Las mujeres que llevaban los morrales caían también como barajas, y la mula no paró hasta que logró incorporarse con otras que conducían cargas de pertrechos, y allí quedó formando con ellas muy quietecita, no sin haberme lastimado cruelmente las piernas en esta operación. Aquí sí pegaba haber pedido la *buena montada*, como se hace en las fiestas de toros.

Me apeé en el acto, con no poco trabajo, y no quise volver a montar en toda la expedición, pues me había llevado ya muchos chascos de esta clase. La noche de ese día acampamos en mitad del páramo de Guanacas, donde se tuvo noticia del punto que ocupaba el enemigo.

Capítulo VII. Batallas del Alto Palacé y Calibío

El 30 de diciembre atacamos a Sámano en el Alto Palacé, donde se había situado, cuando supo que nos acercábamos. Este jefe tenía un fuerte ejército compuesto en su mayor parte de gente de pelea. Nuestra vanguardia, al mando del mayor general Cabal, fue suficiente para detenerlos, y aunque hicieron frente, en poco tiempo quedaron del todo derrotados y después fueron perseguidos por la caballería. Sámano se retiró precipitadamente a Popayán y allí le puso fuego al parque, que estaba en un cuartel de la plaza; la detonación fue tal, que alcanzamos a oírla desde el puente del Cauca. Esta explosión dañó varios edificios y mató como quince personas. En ese último punto se quedó el ejército esa noche, y al amanecer del día siguiente siguió para Popayán, adonde entramos el 31 sin obstáculo, pues Sámano no intentó hacer en esta ciudad resistencia alguna. Las calles estaban desiertas, nadie salió a recibir al ejército patriota, ni se halló en toda la población quien vendiese pan para los soldados, que desde el día anterior no comían; en vano se solicitó un alcalde u otra autoridad para que nos hiciese proveer de lo necesario, pues la ciudad estaba perfectamente sola. En un caso tan urgente como éste, fácil y disculpable hubiera sido que nos hubiésemos procurado nosotros mismos lo más indispensable, tomándolo de las casas o tiendas; pero en aquel tiempo, en que la patria era boba, se respetaba la propiedad como cosa sagrada, y lo que hoy es corriente y permitido en paz y en guerra, habría sido entonces un crimen, no obstante el derecho de la guerra y la ley de la propia conservación. Nadie tomó la menor cosa, y el general dio orden de que saliésemos a acamparnos en el potrero de Las Monjas; allí pernoctamos después de habernos proporcionado, con dificultad, algunos alimentos, y en seguida regresamos a Palacé, donde permanecemos aguardando otro ejército realista que venía del Cauca, replegándose hacia Popayán, al mando del general español don Ignacio Asín, a quien Sámano había mandado con esa gente a Quilichao. Venían picándole la retaguardia

el coronel Rodríguez, alias *el Mosca*, y Francisco González, con tropas de los patriotas. Asin, según las órdenes de Sámano, acampó en Piendamó y quedó perfectamente cortado.

No obstante esto, la situación era apurada, pues el feroz Asin, hombre aguerrido, contaba con 1,500 fusileros y siete piezas de artillería bien dotadas y además numerosa caballería. Nariño le intimó que se rindiese porque de otro modo no podría evitar su destrucción, y eligió como parlamentario para este efecto al capitán de granaderos Francisco Urdaneta, joven de valor, de arrogante presencia y buen jinete, y le dio su propio caballo enjaezado. Partió Urdaneta acompañado de un clarín; pero lejos de ser recibido con la cortesía que en tales casos usa cualquier jefe culto, Asin le miró con desdén y le dijo: "Vaya usted dígame a Nariño que llevo ganadas catorce acciones de guerra y que con esta serán quince, y que pronto estará en mi poder. Y si a usted lo dejo volver es para tener el gusto de cogerlo luego". Con esto lo despidió brutalmente, y cuando Urdaneta regresaba le hicieron varios tiros por la espalda. Asin movió su ejército durante la noche a situarse en Calibío, donde se reunió con la gente de Sámano, ocupando muy buenas posiciones; y lo hizo con tal sigilo que nadie lo advirtió en nuestro campo. El general estaba con esto enojado y reprendía nuestra poca vigilancia, pero al mismo tiempo decía: "Esa gente está trasnochada y es preciso aprovechar la ocasión y atacados inmediatamente." En efecto, se dieron las disposiciones necesarias. El brigadier don José de Leiva dispuso que nuestros soldados entrasen al monte, cortasen muchas varas delgadas y formasen con ellas haces o tercios de una brazada de grueso y dos varas de alto (los soldados los llamaban salchichones), y que cada soldado cargase uno y lo botase entre las zanjales de los potreros. Esta industria era indispensable para que pudiera pasar la artillería y la caballería, y así se hizo.

A las seis de la mañana emprendió marcha nuestro ejército, y a poco rato vimos al enemigo formado en batalla en el llano de Calibío. A esta sazón se nos reunieron los cuerpos que venían picando la retaguardia de Asin desde el Valle del Cauca, y después de unos momentos de descanso dispuso la acción don José de Leiva, e inmediatamente nos formamos al frente del enemigo. Rompió éste el fuego de artillería, que fue contestado por el fuego de la nuestra, y a pocas descargas dio el general Nariño la orden de avanzar, y así comenzó a batirse la fusilería de una y otra parte, lo que duró tres horas largas, y al fin, después de un reñido combate, se decidió la victoria en nuestro favor, sufriendo los españoles la más completa derrota y quedando el campo cubierto de cadáveres, entre ellos, el de Asin y ocho oficiales más. Contamos cosa de 400 entre muertos y heridos y se tomaron más de 300 prisioneros, entre ellos el coronel Solís y seis oficiales. Todo el armamento, con ocho piezas de artillería, cayó en nuestras manos. Nariño intentó salvar la vida a Asin, pero éste no quiso rendirse y murió como un héroe, peleando valerosamente con espada en mano.

En lo rudo de la batalla era un estímulo para nosotros ver el arrojo e intrepidez de Nariño, que desafiaba audazmente los mayores peligros y se hallaba en todas partes dando ejemplo de valor y serenidad.

Es doloroso citar aquí un hecho que ciertamente no hizo mucho honor al que lo ejecutó y que fue nada propio de un vencedor. El coronel Rodríguez se acercó al cadáver de Asin, y cortándole la cabeza, la levantó en alto y comenzó a perorar, y creyendo, en su embriaguez, hacer un obsequio a Nariño, se la presentó. Si éste no hubiera sido tan humano y generoso hubiera hecho con Rodríguez lo que David hizo con el amalecita que le trajo el brazalete y la diadema de Saúl; pero este hombre magnánimo se contentó con reprenderlo en términos enérgicos, echándole en cara su mala acción y su proceder, injustificable en un hombre civilizado. En efecto, la ley cristiana ha abolido la costumbre de ultrajar a los muertos, relegándola a las tribus salvajes.

Este desagradable incidente contribuyó, a no dudarlo, a que Rodríguez, que había sido anteriormente partidario de Baraya, o por lo menos inclinado a la causa de la federación que éste sostenía, acabase de indisponerse con Nariño, lo que vino a causar con el tiempo la pérdida que tuvimos en Pasto, la retirada desastrosa y últimamente la destrucción casi total del ejército patriota y con ellas el fruto de todas nuestras casi fabulosas victorias, como se verá más adelante.

Pasamos esa noche en el puente del Cauca, y recuerdo que estaba con nosotros un sujeto que cuando nos hallábamos en Bajo Palacé se presentó al general Nariño, a pie y descalzo, diciéndole que iba a pedir un fusil para servir a la patria, aun cuando fuera de último soldado. El general admitió gustoso al servicio a este caballero, que era don Rafael Mosquera y que se distinguió en la batalla de Calibío, peleando con desnudo.

En la segunda entrada que hicimos a Popayán nos recibieron muy bien, seguramente porque creían que ya no volverían los enemigos a ocupar esa plaza, que tanto sufría por parte de los españoles y que tantas alternativas había tenido en la guerra. Entre los prisioneros de esta jornada cayeron varias mujeres vestidas de hombre, que peleaban al lado de los soldados, y entre los muertos se hallaron también algunas. No hay duda que las voluntarias realistas les ganaban en entusiasmo a las voluntarias patriotas, aunque éstas también solían exponerse a muchos peligros.

Capítulo VIII. Acción de Juanambú

Pero aún quedaban enemigos más adelante y era preciso marchar sobre ellos para coronar la obra que con tan buenos auspicios habíamos comenzado desde Santafé; así fue que apenas se había disipado el humo de la pólvora de Calibío, el general Nariño se ocupó en solicitar recursos para que siguiese la expedición a Pasto. Con este objeto convocó a todas

las personas acomodadas de Popayán, para que fuesen a su casa de habitación, y en efecto concurrieron muchas. Yo montaba guardia ese día como abanderado, y presencié todo lo que pasó en la junta. El general hizo presente a los que allí había la necesidad de que cada uno, según sus facultades, contribuyese con alguna suma para los gastos de la expedición, que él calculaba no bajarían de \$ 100.000, y excitaba su patriotismo, y aun su propio interés, para ayudar en la empresa de pacificar completamente el país, debelando hasta el último enemigo que quedase. Pero al mismo tiempo les insinuó suavemente que no saldrían de allí mientras no estuviese ofrecida la suma presupuesta. Fueron ofreciendo todos diferentes cantidades, según lo que calculaban que podrían dar; pero como muchos querían retirarse, diciendo que iban a traer el dinero, el general dispuso que los que saliesen fueran acompañados de un oficial, que llevaba la orden de volver a conducirlos, con dinero o sin él¹. Con esta medida todos dieron lo que habían ofrecido, y al fin se reunió gran parte de aquella suma. Todos los eclesiásticos contribuyeron espontáneamente, y los que no tenían dinero llevaron candeleros, platos, jarros y aun vinajeras, frontales y otras cosas de plata, todo lo cual fue fundido y reducido a dinero en la casa de Moneda.

Generalmente se ha increpado a Nariño la lentitud con que procedió después de la batalla de Calibío, retirándose a Popayán, en vez de seguir inmediatamente en persecución del enemigo, que huía despavorido después de la derrota verdaderamente increíble que sufrió. Se ha dicho que al dirigirse incontinenti a Pasto habría ocupado sin dificultad aquella ciudad, y que hubiera podido llegar hasta Quito, donde se le aguardaba como a un libertador. Muy fácil es para el político teórico dirigir una campaña desde su gabinete, al modo que el astrónomo, haciendo cálculos sobre su pupitre y sin necesidad del telescopio, descubre la situación de algún planeta desconocido. También es muy cómodo para el historiador, que quizá no posee los datos necesarios, ni conoce prácticamente el campo de las operaciones, ni el estado respectivo de los ejércitos beligerantes, ni mil otras circunstancias especiales, que es preciso tener en cuenta, censurar los movimientos estratégicos, las resoluciones repentinas y los planes del experto y valiente caudillo que va a cargar con toda la responsabilidad de una campaña.

Tal sucedió con Nariño en esta ocasión. Sólo los que estábamos con él y veíamos y reconocíamos la situación, podíamos apreciar debidamente la necesidad de esta demora y la acertada resolución del general. El estado de nuestro ejército era lamentable; aunque nuestras pérdidas en Calibío no habían sido muy considerables, teníamos muchas bajas por las enfermedades, y varios oficiales y soldados estaban literalmente imposibilitados para continuar una marcha forzada, por terrenos como los que median entre Popayán y Pasto. Estábamos desnudos, descalzos, faltos totalmente de fuerzas por las fatigas anteriores y porque hacía tres días que no nos alimentábamos sino escasísimamente. Ni el

¹ A mí me tocó conducir a su casa a un señor Rebolledo, que ofreció \$ 5.000.

día que entramos a Popayán, ni el anterior, nos habíamos desayunado. Era preciso esperar algunas compañías que se habían pedido al Valle del Cauca y la tropa que debía venir de Antioquia, aunque se dudaba que esta última viniera porque su comandante Gutiérrez y el gobernador Corral, por una susceptibilidad mal entendida, rehusaban poner sus tropas a órdenes de Nariño, pretextando su dignidad y soberanía, excusa ridícula que provenía de sus rivalidades con Cundinamarca y de un marcado egoísmo. Pero sobre todo había suma escasez de bestias para los transportes, de vitualla, y sobre todo y peor que todo, carencia absoluta de dinero, pues no había un centavo para los gastos más precisos, a tiempo que el ejército necesitaba proveerse de todo. Fácil habría sido enviar una columna al mando de un jefe, con el fin de perseguir los restos de la gente de Sámano hasta acorralarlos en Pasto; pero si allí mismo, o en todo el trayecto intermedio, repuestos un tanto del susto y la fatiga y en un país enemigo nuestro, que sin duda los apoyaría y auxiliaría, hubiesen vuelto caras y hecho frente a nuestra tropa, quién sabe cuál hubiera sido el resultado, y entonces habríamos perdido el fruto de la última victoria, siendo aún posible que la misma ciudad de Popayán hubiera sido reocupada por Sámano. Dicen que cada prisa trae su despacio.

Otras veces, por el contrario, se ha censurado a Nariño su impaciencia por pasar el Juanambú y la precipitación de sus operaciones en aquella jornada; y en efecto, ellas pudieron costarnos muy caro, y anular completamente los gloriosos resultados de todos los triunfos anteriores; pero por fortuna salimos adelante en ella.

Del mismo modo nuestra impaciencia por pelear y por vencer al enemigo en la "Cuchilla del Tambo," nos precipitó a la completa ruina del ejército, y este es el ejemplo más elocuente que puede aducirse en defensa de Nariño y para justificar nuestra demora en Popayán. Si, acatando la opinión del mayor general Cabal, y aun creo que la de París, de no arriesgar un combate con muy desiguales fuerzas, que ocupaban fortificaciones inexpugnables, no hubiesen murmurado de aquel jefe muchos oficiales, haciendo abrigar desconfianzas, y poniéndolo en la necesidad de renunciar al mando, no se hubiese hecho cargo de él el arrojado e intrépido Mejía, otra suerte hubiéramos corrido algunos días después, visto que los españoles no se habrían atrevido a salir de sus trincheras para atacarnos, y que los auxilios que se habían pedido habían venido muy a tiempo para reforzarnos. Pero el decreto era irrevocable, y Pasto debía ser la tumba del gallardo ejército independiente, que, de triunfo en triunfo, había atravesado la mitad de la Nueva Granada, guiado por un caudillo digno de mejor suerte.

Permanecimos en Popayán más de un mes, y al fin marchamos para Pasto en marzo, con cerca de 1.500 hombres, habiendo quedado de gobernador en aquella ciudad don José María Mosquera y de jefe militar don José de Leiva. En la primera jornada acampamos en un sitio que quedaba entre dos cerros y era un ancho pedregal, que parecía haber sido en otro tiempo el cauce de un río que ya había desaparecido. A medianoche comenzó una fuerte borrasca de lluvia, acompañada de un viento impetuoso, que, encañonado en

aquella garganta, hacía un ruido aterrador y arrebatava cuanto encontraba; así fue que las tiendas de campaña, arrancadas de sus estacas, volaron como plumas, sin que se escapase la del general, que era de fuerte lona, muy grande y fabricada por un inglés que entendía muy bien la materia. A poco rato oímos un ruido sordo que se acercaba: era una gran creciente que bajaba por el cauce o pedregal en que estábamos y que apenas nos dio tiempo para levantarnos precipitadamente y correr a los cerros que nos rodeaban, a fin de salvarnos. Como dormíamos vestidos, según es preciso hacerla en campaña, y el agua nos había calado de tal modo que no teníamos parte del cuerpo seca, nos quitamos la ropa para torcerla y ponerla a secar; por lo cual amanecimos todos desnudos, representando al vivo una imagen de lo que será el Valle de Josafat, el día del Juicio final.

Puede decirse que de aquí para adelante comenzaron nuestros mayores trabajos y desventuras. Entramos al valle de Patía, donde multitud de soldados y oficiales fueron atacados de fríos y calenturas, y tenían que marchar con mil penalidades o quedarse abandonados mientras se organizaba un hospital en lugar conveniente. Al cabo de algunos días llegamos a Mercaderes, pueblo enemigo y entonces desierto. El día que salimos de allí se echaron menos unos cuatro soldados que no se sabía si se habían quedado enfermos o si se habían extraviado; a poco andar, vimos a una mujer que estaba llorando sentada al pie de un árbol: era una de las voluntarias, la cual, interrogada por unos soldados sobre la causa de su llanto, les dijo señalando hacia el monte, a un lado del camino: "¡Vean allí a mi marido!" Todos miramos hacia la parte que ella nos mostraba y vimos a un hombre que pendía de otro árbol. Era un sargento a quien los patianos habían cogido, y colgándolo de un garabato por la barba, el gancho le había salido por la boca. Esta terrible muestra de la ferocidad de aquella gente medio bárbara nos enseñó que debíamos andar siempre muy unidos y tomar todas las precauciones necesarias, porque el que se separaba del grueso del ejército era víctima de la crueldad de los indios, enemigos de la patria.

Estos se dividían siempre en guerrillas para molestarnos, robaban las bestias y poniéndose a retaguardia interceptaban las comunicaciones, pero huían cuando se les atacaba. Todo patiano es valiente y astuto y cada uno es soldado que tiene las armas en su casa; pero no pelean de frente, ni se alejan mucho de su tierra.

Pasamos el puente del Mayo, nos internamos en la hoy célebre montaña de Berruecos y acampamos cerca de Juanambú, donde nos detuvimos dos días con motivo de la enfermedad y muerte de un oficial muy apreciable y tan querido de los jefes como de la tropa. Continuamos hasta llegar, a principios de abril, al río Juanambú, distante dos jornadas de Pasto, que, además de la gran masa de aguas que lleva, es muy inclinado y por lo mismo impetuoso estrellándose su corriente contra una multitud de enormes piedras y contra las rocas altísimas y tajadas perpendicularmente que forman su cauce, por lo cual no da vado y es preciso pasarlo por cabuya o tarabita. Del lado de allá se levantan Buesaco y el Boquerón, puntos militares inexpugnables, divididos por una profunda hoyo o quebrada. No sé cómo habíamos podido llegar hasta allí después de las indecibles

penalidades que habíamos tenido que sufrir en el tránsito, especialmente en la montaña de Berruecos, donde se nos murieron la mayor parte de las mulas que conducían la artillería y pertrechos, viéndose obligados los soldados a cargar ellos mismos tan enormes pesos por aquellas fragosidades y despeñaderos. Pero más que todo me admiraba el buen ánimo y alegría con que lo hacían y la resignación con que sufrían tantas privaciones en esa montaña desierta y mortífera. Esto llenaba de entusiasmo a nuestro general y le infundía alientos y esperanzas de triunfar por todas partes.

Sobre aquellas dos eminencias estaban situadas las tropas realistas, en número como de 1.500 hombres, restos de los derrotados de Calibío y pastusos y patianos, al mando del mariscal de campo don Melchor Aymerich, que había sucedido en él a Sámano, pues a éste lo llamó Montes a Quito, por creerlo incapaz de dirigir las operaciones de la guerra. Aymerich fortificó la orilla del río y las eminencias con una serie de trincheras y fosos formidables que iban escalonados, cortó la tarabita en el paso del río y estableció su barraca en la cima del cerro, rodeada de cuatro culebrinas de mucho alcance. Al llegar nuestro ejército a la cuchilla que queda del lado de acá, fue saludado con cuatro descargas con bala rasa que pasaron por alto. Se formó nuestro campamento, y el general colocó su tienda lo más cerca que pudo del lado de Buesaco, quedando tan al alcance de los tiros del enemigo que varias veces fue atravesada por ellos en los saludos que nos hacía la artillería limeña. Además de las fortificaciones del Boquerón y Buesaco, había muchos indios colocados detrás de enormes montones de piedras para arrojadas sobre los *insurgentes* si intentaban tomar la altura. Nuestra artillería fue muy bien colocada sobre un gran plano o plataforma que hicieron los zapadores sobre la eminencia para que pudiese maniobrar. Recuerdo que, habiendo reventado una bomba entre un obús, cayeron despeñados dos de nuestros artilleros. Cuando el general Nariño experimentó las bombas, dispuso que se arrojaran unas ocho sobre el Boquerón; las dirigió, en efecto, el ingeniero Aguilar, y fue tan certero que, cayendo sobre los indios, hicieron en ellos estragos.

La seguridad que tenía el enemigo de que el lado del Boquerón era inatacable, le daba cierta confianza, y en esa misma confianza se enviaron 200 hombres del batallón Socorro al mando del teniente Vanegas para que trepasen en silencio al amanecer cuando no podían ser vistos, dirigiéndose por una cañada o desagüe del cerro. Lo hicieron así, venciendo todas las dificultades; y, valiéndose de los portafusiles, alcanzaron a subir 116 hombres, los cuales sorprendieron el campo enemigo, haciendo destrozos en los pastusos, de los cuales huyeron como 600. En ese momento dispuso Nariño el paso por el río para llamarles la atención; pero no fue posible vadeado por lo muy crecido que iba y por el fuego incesante de fusilería que se nos hacía desde las trincheras. Repuestos de su sorpresa los enemigos que estaban en el Boquerón, y viendo que eran muy pocos los que los atacaban, se rehicieron y cayeron sobre los nuestros, de los cuales unos murieron, otros cayeron prisioneros y no pocos se arrojaron por el precipicio. Solamente Vanegas, con unos diez más, pudieron salvarse. Algunos de estos infelices se guarecieron en los huecos de las rocas, donde hacían sus nidos las águilas. Nosotros los alcanzábamos a ver

desde el lado opuesto, sin poder favorecerlos; allí permanecieron sin comer hasta que el ejército pudo pasar el río, y entonces bajaron con mil dificultades y peligros. Un español llamado Carretero, que servía con nosotros y que subió con ellos, se pasó al enemigo.

Se suspendieron por entonces las operaciones, y ese mismo día presenciábamos un espectáculo de otro género que llamó nuestra atención, y fue la llegada de la *langosta*, plaga que consiste en una nube de animales que cubre el cielo y casi oscurece el día. Asentó también su campamento la langosta en aquellos contornos, y en pocas horas quedó enteramente despojado de vegetación todo el campo. ¡Cuántos pronósticos, ya favorables o ya adversos, no sacarían muchos de esta circunstancia!

Entre tanto el general Nariño había hecho reconocer todos los pasos del río para ver de vadearlo por alguna parte o poner una tarabita. En efecto, hizo colocar una, como dos leguas más abajo; pero no habiendo prácticos que conociesen todos los pasos del río, pues estábamos en país de enemigos, no supo el general sino al cabo de algunos días que por el punto llamado el *Tablón de los Gómez* podía pasarse fácilmente, y ordenó que el coronel inglés Birgo, con el batallón *Cazadores*, emprendiese la marcha durante la noche y pasando el río tomase la retaguardia del enemigo dando una gran vuelta. En la tarde del siguiente día debía nuestra gente presentarse en las alturas de Buesaco, y para avisarnos a nosotros cuándo debíamos atacar por el frente, llevaba el comandante unos cohetes voladores que debían quemarse como señal; pero no habiendo tenido lugar lo convenido, no obstante que Birgo pasó sin dificultad el río y tomó la altura, sin que hiciese resistencia el pequeño destacamento que había en el *Tablón de los Gómez*, se impacientó Nariño y dio orden de pasar el río y atacar las trincheras.

Así se hizo con grande intrepidez bajo los fuegos del enemigo, el cual se retiró cuando vio ya todo nuestro ejército del otro lado. Seguimos en su persecución, pero era una empresa temeraria: no fue posible dominar las formidables trincheras superiores, y entonces volvieron a cargar sobre nosotros y nos hicieron gran daño, especialmente con las grandes piedras que nos arrojaban. Ya cerca del anochecer fue preciso emprender la retirada y repasar el río, después de haber perdido como cien soldados y los valientes oficiales Pedro Girardot (hermano del famoso Atanasio) e Isaac Calvo y como cincuenta heridos, entre ellos seis oficiales. Nuestros valientes murieron unos de bala y metralla, otros aplastados por las piedras y otros ahogados. Yo corrí inminente peligro de ser del número de estos últimos, pues la corriente del río me arrastró como el espacio de unas cien varas; pero por fortuna su misma impetuosidad me arrojó a la orilla del lado opuesto, en un recodo que hacía, donde permanecí sin sentido toda la noche, ya por el grande estropeo y fatiga, ya por el agua que al sumergirme había tragado. Al amanecer abrí los ojos y comprendí mi triste situación, sin saber con certeza cuál había sido la suerte de mis compañeros, y con gran dificultad me incorporé y emprendí la subida lentamente, lleno de dolores y contusiones, en busca de los míos.

Entre los prisioneros, había caído el francés Bobin, el cual les dijo a los españoles que Birgo los tenía cortados, y esta noticia, agregada a la falta de municiones, que se les habían casi agotado, los hizo abandonar precipitadamente el campo, pues temían que nosotros, obrando de consuno con él, hiciésemos una nueva tentativa, y ellos eran poco amigos de empeñar combate donde no estuvieran muy seguros. Cuando, después de algunas horas, llegué al campamento, encontré al ejército asistiendo a una misa de acción de gracias que se decía por la retirada del enemigo, lo cual había causado grande alegría, pues no se veía en su campo ni un solo soldado, ni un toldo, sino únicamente las hogueras medio apagadas, morriones, armas y los cadáveres desnudos. Estando en la misa se vieron las tropas de Birgo coronando las alturas de Buesaco, que habían sido abandonadas por los realistas.

Bobin, que era un excelente oficial, tenía la costumbre de tomar opio a pasto, y ésta fue tal vez la causa de que cayese prisionero, pues frecuentemente se dormía, aun estando de pie. Conducido a Pasto por los españoles, fue allí fusilado pocos días después, no tanto por haber servido a la causa de la Independencia, cuanto por ser francés, pues sabido es que los españoles detestaban a los de esa nación, con la cual estaban entonces en guerra.

Capítulo IX. Nariño en los Ejidos de Pasto

No hay palabras para ponderar la constancia y sufrimiento de nuestras tropas y la tenaz perseverancia de nuestros jefes. Ese mismo día (a fines de abril), sin tomar siquiera el necesario descanso, comenzaron a ponerse tarabitas para emprender nuevamente el paso del río, en lo cual empleamos dos días, y siguiendo nuestra marcha nos detuvimos la primera noche en un punto llamado *Cebollas*. Al día siguiente se vio al batallón *Cazadores* que bajaba precipitadamente y en desorden por la cuesta: era que Birgo había sido rechazado por el enemigo, auxiliado por tropas y pertrechos que habían llegado de Pasto. Al comandante no se le veía por ninguna parte, y después, cuando marchábamos para Tacines, se nos apareció hecho una lástima, descalzo y a pie, pues en la fuga se había desmontado de la mula y metido al monte. La retirada de su gente fue protegida por nosotros, que formamos al pie del cerro.

Cuando íbamos a continuar la marcha supo el general que un capitán de caballería comenzaba a desalentar la gente diciendo que no debíamos seguir, y que si no se emprendía la retirada íbamos a ser sacrificados. Entonces mandó Nariño tocar orden general y nos convocó a todos los oficiales, reuniéndonos en un sitio distante del que ocupaba la tropa; allí nos dirigió la palabra manifestando que deseaba saber cuál era la opinión de los oficiales respecto a la continuación de las operaciones; si deberíamos retirarnos haciendo de este modo inútiles todas las grandes ventajas y la gloria que habíamos adquirido, o bien seguir adelante en la sazón en que las principales dificultades y peligros se habían superado con el paso del Juanambú. En fin, nos hizo presente que si perdíamos esas ventajas sería imposible recuperarlas después, a lo menos sin mucha

sangre y costosos sacrificios. Pero nada de esto era necesario, pues todos, con excepción del dicho capitán, ansiábamos por la continuación de la campaña. El general echó en cara su cobardía a los que hablaban de retirada y los amenazó en términos fuertes, hasta con mandar fusilar al primero que intentase introducir la desconfianza y el desaliento en nuestras tropas. Recuerdo haber leído después no sé dónde que cierto general a quien se proponía la retirada, teniendo al frente al enemigo, dijo a sus tenientes: "¡Es cierto que enfrente tenemos la muerte, pero detrás tenemos la ignominia!" Esto me trajo a la memoria las palabras de Nariño en ocasión semejante.

El ejército se puso en movimiento y subió el cerro de *Cebollas*. En la altura de Tacines estaba el campo enemigo con la artillería, y en la falda se hallaba la infantería, parapetada, como siempre, con buenas trincheras. Como a las siete de la mañana se rompieron los *fuegos* de artillería y fusilería y se emprendió la subida protegida por cañones de a cuatro y obuses. A mediodía estábamos ya en la mitad de la cuesta, y hacían estragos los fuegos del enemigo en nuestras filas, por estar ellos emboscados y nosotros al descubierto. Pero no era posible luchar tan desigualmente y con tanta desventaja; nuestra gente comenzaba ya a flaquear, y aun hubo compañías enteras que echaban pie atrás. Viendo esto Nariño y temiendo que los demás siguieran el ejemplo, pica espuelas a su hermoso caballo zaíno y grita: "Valientes soldados: a coronar la altura; síganme todos!" Al ver los soldados que su jefe se arroja con espada en mano, se reanima su valor, olvidan la fatiga y el peligro y le siguen denodados. Nariño fue el primero que puso el pie en el campo enemigo. Uno de sus ayudantes de campo, el teniente Molina, murió a su lado, como un valiente.

Descollaba entre todos y adelante de todos la arrogante figura de Nariño con su traje acostumbrado: uniforme de general, y sobre él un saco o sobretodo de color leonado, sombrero al tres, calzón blanco, bota alta de campaña, banda carmesí, pistolas y espada. A las tres de la tarde habíamos ya arrollado al enemigo, desalojando toda la línea de sus más fuertes posiciones. A las cinco el campo era nuestro. Los españoles huyeron en dirección a Pasto, sin que pudieran contenerlos sus jefes. Perdimos cerca de 200 soldados y como diez o doce oficiales, entre ellos los valientes capitanes Salazar y Bonilla y el valientísimo alférez Vicente Maza y algunos prisioneros. Las pérdidas del enemigo fueron comparativamente pocas, pues en sus ventajosas posiciones y parapetos no podíamos hacerle mucho daño; pero su artillería cayó en nuestro poder.

El general Cabal siguió en su persecución con el batallón *Bogotá*, pero una fuerte tempestad de granizo le obligó a detenerse y pasar la noche en el páramo de Tacines, con sus soldados, que ni habían comido en todo el día, ni tenían un pan, ni abrigo, ni fuego y que temblaban de frío en aquellas heladas cumbres, donde pasaron la noche.

La consternación que había de producir en Pasto la noticia de la victoria de los patriotas en Tacines y el tono imperioso con que ofició Nariño, pidiendo allí cuarteles; la necesidad

de ir en solicitud de víveres y bastimentos para la tropa; y, más que todo, la impaciencia del general por llegar pronto a Pasto para aprovechar el golpe dado ese día, le hicieron precipitar la marcha. Esa misma noche partimos con él, el batallón *Granaderos de Cundinamarca*, el batallón *Socorro* y parte del *Cauca*; el resto del ejército permaneció en Tacines. Antes de amanecer llegamos al Ejido de Pasto, y allí hicimos alto aguardando el día. Cuando éste aclaró y vimos la ciudad, exclamó el general en tono familiar: "¡Muchachos, a comer pan fresco a Pasto, que lo hay muy bueno!".

Desde el Ejido se veía al ejército realista que iba en retirada por el camellón que va para el Guaitara, al mando del brigadier don Melchor Aymerich, y bajábamos con la seguridad de que no se nos opondría fuerza alguna, cuando nos sorprendió un fuego vivo que salía de entre las barrancas del camino y los trigales; veíamos el humo, pero no la gente que hacía fuego. A pesar de eso seguimos hasta un punto que llaman El Calvario, que está a la entrada de la ciudad. El fuego era tan vivo de todas partes y la gente estaba tan emboscada y oculta, que no podíamos seguir adelante ni combatir, y el general, no sabiendo lo que habría dentro de la ciudad, resolvió que regresásemos al Ejido. Desde allí vimos que por la plaza iba una procesión con grande acompañamiento y llevaban en andas con cirios encendidos la imagen de Santiago. De este punto mandó Nariño una intimación y no la contestaron. Entonces dispuso éste el ataque; pero las guerrillas pastusas se aumentaban por momentos, cada hombre iba a sacar las armas que tenía en su casa y temiendo las venganzas de los patriotas, exageradas por los realistas, formaron en un momento un ejército bien armado y municionado, que parecía que lo había brotado la tierra.

Al anochecer nos atacaron formados en tres columnas. Los nuestros se dividieron lo mismo, y la del centro, mandada por Nariño en pero sana, les dio una carga tan formidable que los rechazó hasta la ciudad. La intrepidez del general era tal, que yo olvidaba mi propio peligro para pensar en el suyo, que era inminente. Pero las otras dos alas habían sido envueltas y rechazadas, y los jefes, viendo que Nariño se dirigía a tomar una altura para dominar la población, lo creyeron derrotado y comenzaron a retirarse en dirección de Tacines, donde estaba el resto del ejército, para buscar su apoyo. A medianoche resolvió Nariño retirarse también, pues no le quedaban sino unos pocos hombres y las municiones se habían agotado "durante la pelea. Si la gente que estaba en Tacines se hubiese movido, como lo ordenó él repetidas veces, nosotros, reforzados, habríamos resistido; pero no se cumplieron sus órdenes, no sé por qué.

Para probar el arrojo de Nariño en esta ocasión, basta citar el hecho siguiente, sabido de todos, pero que yo refiero como testigo ocular de él. Cerca de *El Calvario* cayó muerto su caballo de un balazo, y entonces cargaron sobre el general varios soldados de caballería; él, sin abandonar su caballo, con una pierna de un lado y otra del otro del fiel animal, sacó prontamente sus pistolas y aguardó que se acercasen; cuando iban a hacerle fuego, les disparó simultáneamente, y cayendo muerto uno de los agresores, se contuvieron un

momento los otros. En este instante llegó el entonces capitán Joaquín París con unos pocos soldados y lo salvó de una muerte segura, o por lo menos, de haber caído prisionero.

No fue esta la única acción notable de extremado valor que vi hacer en aquella desgraciada campaña al mismo París, que tanta fama adquirió después en la de Venezuela, a Girardot, a Narciso Santander, a Monsalve y a otros muchos jóvenes de lo principal de la tierra, que combatían con ardor, entusiasmo y desinterés por la causa de la independencia. Varios de esos hechos están ya consignados en las páginas de la historia nacional, pero no son pocos los que han quedado ignorados y que solamente por tradición oral han llegado a conocimiento de una que otra persona. No sería más gloriosa y heroica la historia de Esparta o Grecia que la nuestra, si todos esos pormenores de lo ocurrido en la guerra magna de la magna Colombia, estuvieran escritos.

Perdimos en esta jornada, entre aquellos cuyos nombres recuerdo ahora, al mismo teniente Narciso Santander, tan valiente como simpático y ardoroso patriota; a los oficiales Mendoza, Camilo y Vicente Díaz, antioqueños, el alférez Ramírez y otros. Los pocos que salimos en retirada íbamos por el camino real, siempre al lado de Nariño; un caucano que se nos reunió nos dijo que por ahí éramos perdidos y que tomáramos el camino viejo por donde él había venido en la expedición de Caycedo y Macaulay. Tomamos, en efecto, la vía indicada, guiados por el caucano; éramos seis por todos, e ignorábamos la suerte de los demás. El camino estaba casi intransitable, las lluvias habían hecho en él lo que aquí llaman vulgarmente canchales o surcos profundos y resbaladizos, donde no era posible poner el pie, y fue preciso hacer huecos con las bayonetas en los lomos de tierra para poder afirmarse en ellos; además, teníamos que andar con la mayor precaución, sin alzar la voz, porque a cierta distancia y encima de nuestras cabezas, sentíamos el ruido que hacían los pastusos que andaban por allí diseminados.

Poco después de amanecer llegamos a Tacines, y lo primero que encontramos fue un soldado que había sido herido en la acción anterior, hijo de un español Butio que servía con nosotros, y aquél dijo al general: "Aquí no encuentra Su Excelencia sino muertos y heridos. Un coronel vino de Pasto y dijo que mi general estaba prisionero, que todo se había perdido, que se clavase la artillería y se emprendiese la retirada, y así lo hizo mi comandante Cancino." En efecto, esta noticia se había recibido en el campo de Tacines, traída por la gente derrotada en Pasto, y entonces el coronel Rodríguez, el mismo que no supo cumplir la orden de llevar el resto del ejército a Pasto en auxilio nuestro sin aguardar más informes, se retiró con la tropa, no obstante la oposición y aun resistencia de algunos oficiales más previsores o menos pusilánimes. Todo quedó abandonado: la artillería (como doce piezas), los caballos, tiendas y pertrechos; y de todo el numeroso ejército, vencedor allí mismo dos días antes, sólo quedábamos en el campo de nuestra anterior victoria, el general Nariño y su hijo, los oficiales Francisco Pardo, Bautista Díaz, Martín Correa, el español Butio y yo. El mayor Cabal continuó su marcha con el objeto de recoger los

dispersos y detener al resto de los que iban en retirada, lo que no logró hasta el Tablón de los Gómez, perseguido, como iba, muy de cerca por los pastusos.

José María Espinosa, *Memorias de un abanderado* (1942) (fragmento).

